



La Santa Sede

PALABRAS DEL PAPA JUAN PABLO II AL FINAL DEL REZO DEL SANTO ROSARIO CON LOS OBISPOS

Sábado 7 de octubre de 2000

1. Al final de este intenso momento de oración mariana, deseo dirigiros a todos vosotros, amadísimos hermanos en el episcopado, un cordial saludo, que extendiendo de corazón a los numerosos fieles presentes con nosotros esta tarde aquí, en la plaza de San Pedro, o en conexión con nosotros mediante la radio y la televisión.

Reunidos en Roma con ocasión del jubileo de los obispos, *en el primer sábado del mes de octubre* no podíamos menos de orar juntos ante la Virgen, que el pueblo de Dios venera en este día con el título de *Reina del Santo Rosario*.

En particular, nuestra oración de esta tarde se coloca a la luz del *mensaje de Fátima*, cuyo contenido facilita nuestra reflexión sobre la historia del siglo XX. Contribuye felizmente a reforzar esta perspectiva espiritual la presencia entre nosotros de la *venerada imagen de la Virgen de Fátima*, que tengo la alegría de acoger de nuevo en el Vaticano, en el marco solemne de tantos hermanos míos en el episcopado y de tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, que se han reunido esta tarde en esta plaza.

2. Hemos meditado en los *misterios gloriosos*. Desde el cielo, a donde el Señor la elevó, María no deja de orientar nuestra mirada a la gloria de Cristo resucitado, en el que se revela la victoria de Dios y de su designio de amor sobre el mal y sobre la muerte. Como obispos, partícipes de los sufrimientos y de la gloria de Cristo (cf. *1 P 5, 1*), somos *los primeros testigos de esta victoria*, fundamento de esperanza segura para cada persona y para todo el género humano.

Jesucristo, el Resucitado, *nos ha enviado a todo el mundo* a anunciar su Evangelio de salvación, y desde Jerusalén, en el arco de veinte siglos, este mensaje ha llegado a *los cinco continentes*. Esta tarde, nuestra oración *ha reunido espiritualmente a toda la familia humana en torno a María*,

"Regina mundi".

3. En el marco del gran jubileo del año 2000, hemos querido expresar la *gratitud de la Iglesia por la solicitud materna que María ha mostrado siempre por sus hijos, peregrinos en el tiempo*. No hay siglo, no hay pueblo en el que ella no haya hecho sentir su presencia, llevando a los fieles, especialmente a los humildes y pobres, luz, esperanza y consuelo.

Mañana, al final de la concelebración eucarística, confiando en su solicitud materna, realizaremos de modo colegial nuestro *"Acto de consagración" al Corazón inmaculado de María*. Esta tarde, meditando juntos en los misterios gloriosos del santo rosario, *nos hemos preparado interiormente para ese acto*, poniéndonos en la actitud de los *Apóstoles en el Cenáculo, reunidos con María en unánime y concorde oración*.

Queridos hermanos, sobre cada uno de vosotros, y sobre vuestro ministerio, he invocado e invoco la especial intercesión de la Madre de la Iglesia. Que ella os asista siempre en vuestra tarea, ardua y entusiasmante, de *llevar el Evangelio a todos los rincones de la tierra*, para que todo hombre, comenzando por los humildes y los pobres, reciba la buena nueva de Cristo Salvador.